


Franqueo
concertado


EL ALMA DE GARIBAY



Semanario humorístico Oscense

Director D. Fulano de Tal

La correspondencia á D. Raimundo Rodríguez
Calle de Ainsa, núm. 7, 1.º

Redactores los que vayan saliendo

Verá la luz cuando lo dejen, pero deseando ser leído de *tútili mundi* hará lo posible por salir á la calle los domingos antes de las once, aunque no haya salido el sol, para aprovechar el descanso dominical de sus lectores.

Precio de cada número, cinco miserables céntimos, o sea el precio de dos churros.

Los números atrasados se rebajarán de precio, no sea que se rancien y después no los quieran por ningún dinero.

Para fuera de la capital bastará que los curiosos que nos quieran leer remitan á nuestro Administrador en sellos de correo o como Dios les dé á entender, cinco reales ó *sease* una peseta columnaria y tendrán buen humor un día á la semana por espacio de medio año. Si ustedes piden más, no tengo inconveniente en afirmar que son unos gorriones.

A los repartidores que nos pidan 25 números, se les hará la rebaja de costumbre.

PROPOSITOS DE ESTA PUBLICACION

Los mejores del mundo, puesto que tratará de instruir deleitando, combatiendo de paso todo lo malo que, á juicio suyo, haya en la capital y su provincia, como, por ejemplo, el caciquismo que divide en castas y razas á los nobles descendientes de D. Ramiro.

Se admite la colaboración de cuantos estén identificados con el programa que antecede, siempre que no lo hagan en serio, porque para cosas serias ya tiene suficiente el Director con la de su suegra.

LA CARTA DE EL DE LAS TARDES

Ya dijimos en nuestro número anterior que la habíamos leído en un periódico de esta localidad, y ahora añadimos que venía firmada por *Silvio Kossti*, pseudónimo manido é ilusionista, y además ridículo porque no sirve para cubrir tan inmundicia mercancia; y por *Boscós Almudévar*, apellidos tan ilustres en nuestras pretéritas campañas católicas que por nada del mundo consentiremos nosotros se vean impunemente arrastrados por los suelos de la deshonestidad y la apostasía. Al que con lo ajeno se viste en la calle lo desnudan, y al necio pretencioso le coge de medio á medio la fábula de Icaro. Por eso, desde ahora, prescindiendo de los nombres que se da el autor de *Las Tardes del Sanatorio*, lo designaremos con el mote de *El de las Tardes*, que es el primero que se nos viene á la mano, y que por lo prosaico é insignificante creemos que es el que mejor se acomoda al concepto de la opinión sensata, ilustrada y cristiana.

Campea en dicha carta aquella *ironía* con la que la secta pretende ocultar su intrínseca y refinada malicia, para, á título de figura retórica, hacer ruido atrayéndose la admiración y los aplausos de la bohemia ó gitanería literaria.

Sólo que alguna vez se le escapa sin retórica alguna verdad y como la que muy á los principios de su carta, se lee, y tan escueta que al instante cae en el anzuelo. Dice *El de las Tardes*: «No me apena, en verdad, la pública y episcopal censura». ¿Qué ha de apenarle á usted, hombre de Dios... No tanto, hombre de Darwin? Para que le apenase sería preciso que no hubiese renegado de la fe que mamó; que poseyera los suficientes conocimientos filosóficos y teológicos que el caso requiere; que no se hubiese metido en los andurriales de la literatura indecente. Sin vencer estas tres dificultades, imposible de toda imposibilidad es que todo lo grave y terrible de esa condenación, pueda caberle en su magín. Tanto es así que, si usted continúa en sus hostilidades, mientras no acredite más ilustración en

ciertas materias, no le concederemos beligerancia en esta guerra, quedará usted privado de los beneficios del derecho de gentes, y le trataremos como á partida irregular y suelta, como al periódico farisaico, cuyo amparo ha solicitado, dando una prueba más de mal gusto ético y literario.

A bien que ya procura usted luego curarse en salud, aunque no con tan buena suerte como la que tuvo en el Sanatorio. Copiamos textualmente de su carta las siguientes palabras: «Una obra literaria alabada por críticos católicos y no católicos como dechado de buen lenguaje...» Todo lo que usted quiera; no podemos nosotros impedir que se regodee, se esponje y se engorde hasta reventar como un triquitraque con esos testimonios tan á prueba de malos olores; pero sí podemos decirle, y le decimos, que en esos señores críticos (tanto montan los católicos como los no católicos, para el caso) sólo nos choca una cosa que no tienen

—¿Qué no tienen?

—Nariz.

De modo y de manera que lo que usted se ha acaparado ha sido una claqué de *desnarigados*. ¡Qué bonita! Ni podía ser otra cosa. Para quien es don Ramón buena es doña Ramona. Sea enhorabuena.

Lo que parece increíble es la petulancia de estos butibambas europeizados sectarios. Tienen la manía de las grandezas. ¿No pretende el que llevamos entre manos hombrearse con el señor Obispo dándose pisto de *adversario* suyo? Lea bien el decreto condenatorio y se convencerá de que en él no se concede importancia alguna á su personalidad, de la cual se prescinde en absoluto, sobre todo en la parte dispositiva; verá que sólo se atiende sabía, prudente y oportunamente á precaver á los fieles sencillos contra ciertos peligros muy graves, aunque meramente circunstanciales. De consiguiente, se queda usted sin los honores de personaje que tanto ambiciona, y que le hacen soñar, sueños de enfermo, hasta con paños de púlpito.

Hay que contar con que, nosotros, los hombres de Dios, para tratarles á ustedes, los hombres *pithecoideos*, ó de Darwin, necesitamos

ejercitar tres virtudes: la de la fe que nos prohíbe creer que ustedes son hijos de un mono, aunque ustedes así lo aseguren; la de la caridad con el prójimo que nos recuerda la parábola del Samaritano; la de la urbanidad social, á que nos obliga nuestra cultura. Y siendo esto así, como quiera que esos ejercicios resultan arduos para la flaqueza humana, déjense de aspirar á personajes, y dense con un canto en los pechos, si logran ser tratados como personas.—Ya parece llegada la hora de que usted mediteseriamentesobre la triste figura que le van dejando su pornografía y sus monerías.

Para que no les falte á ustedes nada que, de cerca ó de lejos, no sea ridiculo y risible, también son muy aficionados á empuñar la palmeta del *dóminé*, no del sabio y respetable, sino la del pedante y chirle. Usted mismo se muestra muy ofendido, porque los curas de *misa y olla* lo han hecho víctima de una *pedrea de solecismos*. Como anillo en dedo le viene aquel tan conocido epigrama:

Tu crítica majadera
de los dramas que escribí,
Pedancio, nada me altera,
más pesadumbre tuviera,
si te gustasen á ti.

Pero no tenemos tiempo que perder en discusiones de índole inacabable, y nos contentaremos, después de negado el aserto, con apuntar lo siguiente. Ningún cura de *misa y olla* está libre de caer en esa falta, como tampoco lo estuvo el mismo Cervantes. No hay en todo el orbe terráqueo un solo cura de *misa y olla* que no les pudiera dar á usted y á todos sus congéneres lecciones de *limpieza*, de dicción y de estilo, si pudiese desnarigarse y entrar en los establos donde tanto les gusta revolcarse á ustedes, como si no tuviesen otra atmósfera respirable.

Lo que más le ha intrigado ha sido la tardanza de los católicos militantes en hacerle caso; y ahora mismo vamos á sacarlo de penas, exponiéndole, por orden, las informaciones que fuimos recibiendo, y el juicio somero y de primera intención que formulamos sobre cada una de ellas. Verá qué historia.

Que se está imprimiendo en Huesca un libraco heterodoxo.—Conviene que haya herejías, dijo San Pablo.

Que el tal libraco va resultando un engendro literario monstruoso, sin pies ni cabeza.

—Veremos, sin embargo, si podemos sacar algo en provecho de nuestros lectores; que hasta en las escorias suelen encontrarse diamantes.

Que en él se vislumbra cierta farsa científica en la que hacen el gasto Darwin y Spencer.

—A fuer de críticos honrados, no será la primera vez que hayamos tenido que defender maestros de la filosofía heterodoxa contra la imbecilidad de sus discípulos.

Que es un manicomio donde en horrible *pademonium* se agitan destrozándose los más absurdos y bestiales radicalismos irreligiosos, sociales y políticos.—Nada; jamás ha tenido tantos émulos como ahora el dulero de Calanda que despeñó la dula para hacerse célebre.

Que se asegura que en dicha producción hay bellezas literarias —No importa; á nadie que tenga inteligencia clara y conciencia recta, se le engaña con escritos en que no vengan cariñosamente abrazadas la belleza literaria y la belleza ética

Que es un libro que rabia del más grosero anticlericalismo.—Compraremos azotes nuevos.

Que es una obra asquerosísimamente pornográfica.—¡Uf! basta, quita, quita, échala al fuego antes que apeste la casa.

Aquí tiene *El de las Tardes* detalladamente explicado lo que deseaba saber acerca de nuestra tardanza. Entiéndalo bien: los católicos arrojamus de nosotros su obra.

¡Por asco!

Mas fuimos tan desgraciados que cuando ya empezábamos á respirar otra vez nuestro ambiente sano, puro y perfumado, de pronto cambió la escena, pues cayó sobre nosotros una irrupción de *desnarigados* que nos obligaron á entrar en la repugnante brega de la cual nos habíamos creído libres. Era la secta que venía en socorro de su asendereado corifeo, unos cuantos de la bohemia literaria que, aunque pocos, bastaban para alborotar el cotarro entre los ignorantes y los poco prevenidos.

Sus pretensiones son de todo punto exorbitantes, absurdas y hasta afrentosas para nosotros. A cambio de algunas figuras retóricas y excelencias de estilo que, en verdad, son meritorias, estimables, y hasta pueden llegar á buenas y santas dentro de la esfera que les es propia, pero que cuando se extralimitan y extravían deben ser profundamente despreciadas y enérgicamente reprimidas, quieren que renunciemos nosotros á cuanto en el mundo significa verdad, religión, moral, cultura y decencia. ¡Ah! no; el mayor *dechado de bien decir*, es una nadería, al lado de lo que constituye la principal dicha, el más alto honor de nuestra vida presente, y la más consoladora esperanza de nuestra vida futura.

Confiamos en Dios que no permitirá adquiera entre nosotros carta de naturaleza una literatura ateísta, exótica, brumosa, desesperada y triste como los helados climas septentrionales que parecen inspirarla. Aquí estamos hechos á la bella literatura como la de Luis López Allué, sanamente realista, regocijada como la jota, formal, honesta y decente como nuestro carácter, respirando por todos sus poros el ambiente saluftífero de nuestra región encuadrada entre los Pirineos y el Ebro, el Gállego y el Noguera Ribagorzana. ¡Ah! Luis, no vayas á París ni hables francés, si no quieres verte en el duro trance de que se pierdan en ti los dos amores más hermosos del alma, la Religión y la Patria.

Por falta de espacio dejaremos de ocuparnos en algunos otros puntos menos importantes de este estudio psicológico, y queda, por lo tanto, la semblanza sin sus últimos toques y perfiles. No importa, es igual á la de otros europeizados de mala casta que cada día se hacen más antipáticos.

Y ahora pocas palabras para concluir, pocas, pero de singular importancia.

Llamamos la atención de los católicos reflexivos, de los católicos prácticos, de los católicos operosos y militantes, para que se fijen en algo que puede ser un signo de los tiempos. No hay noticia de que en Huesca se haya impreso nunca un libro heterodoxo que haya sido objeto de una condenación formal por parte de la Iglesia, como el que ha sido publicado por *El de las Tardes*.

Esto nos advierte de que estamos en peligro mucho mayor de lo que nos pensamos, de que en la bendita tierra de San Lorenzo y San Vicente, hay síntomas de una invasión más pestífera y peor que la del tifus exantemático, porque éste sólo mata el cuerpo y aquélla mata el cuerpo y el alma.

¿No escarmentaremos con el espectáculo aterrador que nos está dando un malaventurado convecino nuestro?

Un hombre que está ya frizando en los cincuenta años de su edad, y que debuta en la bohemia literaria con un libro repleto de impiedad, de pornografía y del más chapucero anticlericalismo.

La Paz y Caridad ¿levantarán este muerto?

SALUDAMOS

con toda la consideración de que son dignos, á los señores concejales caciqueros que tomaron posesión de sus cargos el día 1.º de los corrientes; y al mismo tiempo, en prueba del especial cuidado y solicitud con que los miramos, les hacemos la saludable prevención siguiente.

En toda colectividad, por pequeña que sea, hay unos que son más y otros que son menos, según el criterio con que se les juzga. Pues bien; nosotros, á todos y particularmente á los que son más, les llamamos la atención para que acaben de entender que el dictado de *caciqueros* con que se distinguen es un sambenito que no acredita á nadie, que el caciquismo en todas partes es la puerta falsa, y por lo tanto que si, al salir, no lo hacen ustedes por la puerta grande, sera señal de que no han cumplido con su obligación.

Diálogo en callejuela de pueblo

PERSONAJES

Camila en balcón, leyendo *El Diario* del viernes 25 de Junio último, á las ocho de la mañana.

Albina y Gala pasando por la callejuela para llegar á la misa de la parroquia.

Camila. Ya vienen las fanáticas. Lástima de rueca y medias. Voy á cantar.

Van las beatas á misa con paso lento y tranquilo después de haber agotado grandes almacenes de hilo. Ya enredarán las madejas sin enmienda y sin...

Albina. ¿Ya empezamos con las *chinas*, Camila? Muy bueno debe venir *El Diario*, cuando ya tan pronto influye su lectura en tu ánimo para motejar las obras buenas. Desde que lo lees te ha picado mal insecto, y huyes ya de la Iglesia como el demonio de la Cruz.

Camila. Más te valdría callar y no proferir palabras que hieren. Sois así los clericales, excluyendo siempre la bondad de vida en los liberales. Si leyeseis este número de *El Diario*, quedaríais convencidas, por un artículo de Martón, de la poca caridad que tenéis, y de la poquísima que hay en los sacerdotes que tienen fama de ejemplares. Hay razón para separarse de ellos y dejarlos solos.

Gala. ¿Te refieres quizás á la mancha que la Audiencia de Huesca ha puesto sobre un conocido mío llamado Martón, por haber escrito éste una calumnia ó injurias contra un sacerdote de elevada categoría?

Camila. ¡Qué malos sois los católicos! Ni hay tales calumnias ó injurias, ni hay parecidas manchas. Oid unos párrafos del artículo.

Albina. No quiero oír nada de *El Diario*, porque pertenece, según he oído de personas fidedignas, á la mala prensa; así es que ni quiero leerlo, ni oírlo leer.

Gala. ¿Es herejía lo que vas á leer? Sí es, ni aun por una vez podemos oírlo.

Camila. No es herejía, melindrosas, es perteneciente á cierto tribunal. Dice así: «Estas ligeras consideraciones de Doctrina cristiana... nos parece oportuno consignarlas como comentario á la sentencia del juicio á que nos llevó el Sr. D. Miguel Supervía Lostalé, sacerdote, canónigo y hermano y consejero del Obispo de la Diócesis, por injurias supuestas publicadas en *El Diario*, y que se han apreciado como injurias leves». ¿Puede haber ya más injusticia en la justicia, ni mayor rencor en tal sacerdote? ¿Condenar á un distinguido joven á un mes y once días de arresto mayor, multa de 500 pesetas y publicación del fallo, por injurias leves y ni aun leves, sino supuestas, y por tan poca cosa, vengarse también de este modo, dicho sacerdote! ¿Puede darse ya más injusticia, y mayor defecto contra la caridad? Además, ¿qué malicia pudo haber en Martón cuando él mismo dice: «Ni nos sobrecoge de espanto, ni ha de variar el rumbo de nuestros procederles la condena. Tranquilo estuvimos siempre con nuestra conciencia y por la conducta de nuestra pluma.—Era sábado, día de gloria, cuando tuvimos el honor de ocupar el banquillo de los acusados». Batalla, su defensor, hizo bien en favorecer á Martón, increpando á D. Miguel por no practicar los obras de misericordia.

Albina. No me mamo yo el dedo como tú, Camila. Ten cuidado no te hagan ir á la Audiencia, si así la tachas de injusta. ¿Puedes concebir que una pena tan grave no guarde proporción con el delito; y que un sacerdote de tal categoría se ponga, como tú dices, en relieve por cosas leves? Yo he oído ser de diferente modo y muy diverso lo que escribió el autor de dichas injurias en *El Diario*. ¿Es de mejor juicio, y tiene más disposición Martón para interpretar que los togados? No podría concebirse esto más que en el caso de interpretaciones de influencia, y ello sería otra mancha para dicho tribunal de justicia. Cállate, pues, Camila, y no digas disparates.

Gala. A mí poco me importa lo de si las injurias son leves, ó sólo supuestas; lo que me irrita es la tendencia á rebajar á los sacerdotes ejemplares. Es seguro que Martón, imitando la conducta de *El Diario*, ha procurado en su artículo injuriar nuevamente á dicho sacerdote; y ciertamente que todo su artículo será reprobando la conducta del mismo.

Camila. Has acertado, Gala. Fundándose Martón en que Batalla dijo: «El Sr. D. Miguel Supervía... no practica las obras de misericordia que todos aprendimos en la Doctrina cristiana»; ha recorrido la vida de Jesucristo, manso, humilde, paciente, etc., para sacar en consecuencia de que los sacerdotes deben sufrir sin quejarse, y perdonando los malos tratos, etc., porque deben ser todo caridad. Dice el injuriador supuesto: «El pobre mártir (Jesucristo) se esforzó en vano por enseñar á sus discípulos; le han salido por allí unos ejemplares hechura del mismo demonio, que ya, ya...—La religión ha de ser práctica, ó no lo será más que de nombre. Y el que no la practique, ni pasará como buen católico, ni como buen sacerdote». Es un artículo tan religioso que me parece mentira sea de Martón, á no estar inspirado... por otro. Dice además otras claridades.

Gala. ¡Qué cinismo, qué mala aplicación de la Doctrina de Jesucristo! Se ha colocado Martón

mal en el pescante para confundir y embrollar lo perteneciente á la caridad. Suerte ha tenido en haber hecho presa en sacerdote, porque con seglar y tan repetidas veces y de la última calidad, sin tribunal, hubiera salido muy mal parado.

Albina. Y tan mal parado. Acuérdate, Camila, de aquella ocasión en que os costó á tu marido y á ti un berrinche fenomenal, por haber llamado un sujeto á tu esposo *caracol*, y á ti *caracoleta*. Gracias á sus piernas pudo evitar el fulano el grave perjuicio que le amenazaba.

Camila. Y es cierto que aquel sujeto obró mal, y merecía castigo.

Gala. ¡Hola! Aplica, pues, en parte tus ideas. Martón, al injuriar al sacerdote, obró ciertamente mal, y se portó como mal cristiano ó mal católico; ¿por qué, pues, lo defiendes? Entre otras cosas nos decía el otro día el cura en el sermón, y lo probaba: «Todo hombre tiene por naturaleza el derecho estricto de no ser perjudicado por sus semejantes ni en bienes internos del cuerpo y del alma, ni en los externos del honor, de la fama y de fortuna». El faltar, pues, en esto, es violar los derechos de justicia que reclama ó la restitución ó la condenación, y tanto más cuanto mayor sea la dignidad de la persona y su influencia en la sociedad. Es cierto que no podemos por nosotros ejecutar el castigo para el cual debe intervenir la justicia. ¿Y crees tú que la justicia, que las virtudes cardinales se han hecho sólo en favor de los malos y atrevidos, y no de los buenos injuriados?

Camila. Eso es andarse por las ramas, y dejar el fondo de la cuestión. ¿Cómo explicas esa caridad que según Martón debe tener el sacerdote imitando á Jesucristo, si no practica las obras de misericordia perdonando? Siempre os váis por la tangente, y no permitís ser pisados los clericales.

Gala. ¡Ay! te metes en mala filosofía. ¿Has estudiado la barata? ¿Por qué confundís el perdón de las injurias con la restitución de los daños en ellas? ¿No sabes distinguir en toda acción mala la ofensa de la pena que ésta merece ante Dios y ante la sociedad? ¿Quisierais vosotros no poner dique á las ofensas, para que pudierais hacerlas más libremente y mayor número de veces? ¿Se podrían contar las que *El Diario* y algunos redactores hubieran producido, á no haber salido contra ellos EL ALMA DE GARIBAY como obstáculo?

Albina. Oye, Camila, ¿si á Batalla le robase un sujeto alguna cosa de importancia, crees tú que aunque perdonase la ofensa, es decir, que aunque practicase esta obra de misericordia, no exigiría la restitución, y con tanta más energía cuanto mayor fuese la cantidad y la calidad de la cosa robada, y hasta con mayor castigo si el sujeto estaba dispuesto á repetir los hurtos, y más si fuesen en perjuicio de otros por su influencia? Ya sabe Batalla que las obras de misericordia no excluyen las de justicia, y que el confesor está obligado á no absolver al que no quiere restituir. Y ahora no me pongo á decir algo de los hurtos intelectuales y espirituales superiores á los materiales.

Camila. ¡Qué disparates estáis diciendo! ¡Qué mal habláis de la caridad! ¿Sabéis que la convertís en crueldad?

Gala. ¿Te pica esto? ¿No sabes también que las medicinas amargas curan, y que el dolor producido por el bisturí amputando un miembro evita la muerte? Jesucristo era todo caridad,

y sin embargo increpaba fuertemente y con palabras duras á los fariseos, y los santos hicieron lo mismo. El otro día el cura en el sermón nos refería las palabras de San Francisco de Sales en su *Filotea*, al capítulo XX de la parte 2^a que dice: «De eso exceptúo á los enemigos declarados de Dios y de su Iglesia, los cuales deben ser difamados tanto como se pueda (sin faltar á la verdad), siendo gran obra de caridad gritar «¡al lobo!» cuando está entre el rebaño ó en cualquiera lugar en que se divise». Concluía también diciéndonos, tomándolo de una gran autoridad eclesiástica: «La caridad liberal que hoy está de moda es en la forma el halago y la condescendencia y el cariño; pero es en el fondo el desprecio esencial de los verdaderos bienes del hombre y de los supremos intereses de la verdad y de Dios».

Albina. Note obstines, Camila, en defender á Martón. Yo desde aquí en adelante no creeré en nada de lo que escriba, ni diga. Es un tergiversador de primera en términos. Se necesitó tupé para decir: «Era sábado, día de gloria, cuando tuvimos el honor de ocupar el banquillo de los acusados». ¿Quién puede vanagloriarse en injurias? Que adquiera honra en dicho banquillo el arrepentido ó el inocente, lo concibo; pero que la tenga el contumaz es una utopía. Mal defiende la caridad cuando él en su escrito ni la tiene con los togados, si por causas leves ó supuestas lo condenaron gravemente, ni con Batalla valiéndose de sus palabras para injuriar nuevamente al injuriado, ni con la doctrina de Jesucristo falseando la caridad. No sé cómo arreglará en su cabeza la idea del infierno siendo Jesucristo todo caridad.

Gala. Calla ya, Albina, y vamos á misa porque don ya el tercer toque.

Camila. Adiós, almas negras.

Albina. Aunque así fuesen no quisiéramos tenerla tan negra como la tuya.

Gala. Ahora que estamos solas voy á decirte que tengo el propósito de no pasar ya por esta callejuela; no nos fiemos de Camila, ni de su esposo Liberto, que ni cumplen con la confesión, ni con la comunión, ni van á misa; pero no me extraña atendida la fama de ellos. Son anticlericales contumaces. Roguemos en la misa á Dios para que haga un milagro con ellos.

UN CONVERTIDO.

ORIGINALES RECIBIDOS

Uno de un curioso indiscreto.

Otro de El tío Paco.

Otro de Youlios.

Otro de Un Sacerdote de la Diócesis de Jaca que nos dispensará no publiquemos por ocuparse de un asunto tratado ya ampliamente en números anteriores y necesitar el espacio para nuevos sucesos que se van sucediendo rápidamente. No por esto deje de enviar lo que guste.

Otro de Un Maestro del Sobrarbe.

Otro de Don N. N. con «ideas sueltas» que se utilizarán en otro número, así como las de una señora que tratan de lo mismo.

Tenemos ya compuesta la carta, á nosotros dirigida, por Una madre desolada, que nos hemos visto precisados á retirar de las cajas por falta de espacio tres domingos consecutivos. Esto de tener las mangas tan cortas hace que no podamos tirar los brazos cuanto desearíamos.